

Tal es, señores, la historia de Europa y la historia del mundo. Cuando la inteligencia se alberga en el seno de un hombre, todos los hombres le siguen: cuando la inteligencia le abandona, su poder efímero pasa. Cuando la inteligencia se refugia en el seno de una sociedad, la espada de esa sociedad alcanza á los polos y somete á las naciones. Cuando la inteligencia se retira de su seno, la sociedad desfallece. Mientras que Napoleón representó la inteligencia de la Francia, los príncipes le acataron, los pueblos le obedecieron, llenó el mundo con los resplandores de su gloria, fué un astro sin eclipse, fué vencedor y fué rey; cuando no fué el hombre de la Francia, fué el hombre de Waterlío y el hombre de Santa Elena: porque está escrito que la inteligencia es el poder: que la inteligencia es el derecho; que la inteligencia es la vida <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En algunos de los últimos anteriores párrafos, acaso el lector haya observado que el Sr. Donoso se ha copiado á sí mismo, intercalando en esta lección trozos enteros pertenecientes á su discurso de apertura del Colegio de Cáceres. Del descubrimiento de este hurtillo literario hecho en terreno propio nosotros solos somos responsables, por haber creído no indigno de ver la luz pública un trabajo que su autor tenía condenado á la desdeñosa obscuridad en que, muchas veces con razón plausible, ha resultado ciertas obras de su primera juventud. —(NOTA DEL EDITOR SR. TEJADA.)

## LECCION NOVENA

(14 DE FEBRERO DE 1837)

### DE LA SOBERANIA DE LA INTELIGENCIA

CONFIRMADA POR LA AUTORIDAD DE LOS FILÓSOFOS

SEÑORES:

Tres son las fuentes de la certidumbre para el hombre: la razón, la autoridad y la Historia. Cuando la razón afirma lo que niega la Historia y lo que la autoridad condena, ó cuando niega la razón lo que la Historia atestigua y la autoridad depone, hay incertidumbre, hay perplejidad, hay duda en la convicción humana. Pero cuando la razón, la autoridad <sup>1</sup> y la Historia confunden sus testimonios en favor de un principio; cuando este principio es el resultado lógico de su maravillosa identidad, de su completa armonía, entonces ese principio sale de la esfera de las verdades contingentes, y pasa á la esfera de las verdades absolutas; sale de la región de los principios problemáticos <sup>2</sup>, y se eleva á la región de los principios eternos; entonces, en fin, el entendimiento humano se reposa en él como en algo de fijo y de constante, porque reconoce en él el sello de la evidencia.

<sup>1</sup> Por autoridad entiende aquí Donoso Cortés la de los filósofos verdaderos ó falsos; autoridad que, como sabe el lector, no es lugar ninguno teológico, ni aun filosófico. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

<sup>2</sup> Hemos de perdonar á nuestro Donoso el uso de términos sobre manera impropios, pues su noble inteligencia no fué formulada por la verdadera Filosofía, incluyendo en ella á la Lógica. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Por eso, queriendo yo elevar el dogma de la soberanía de la inteligencia á la clase de un hecho universal y de un dogma absoluto <sup>1</sup>, he invocado en las lecciones anteriores el testimonio de la teoría y el testimonio de los hechos, el testimonio del mundo de las concepciones y el testimonio del mundo de las realidades, el testimonio de la razón y el testimonio de la Historia. Hoy me propongo demostraros que la autoridad ha sancionado como evidente el dogma que proclama como cierto la razón, y que la Historia ha escrito también en sus anales. Invocaré primero el genio filosófico de la antigüedad, y después el genio filosófico de la Europa de nuestros días.

El genio filosófico, entre todos los pueblos antiguos, se localizó en el pueblo griego. El del pueblo griego se localizó en Atenas, y la filosofía brillante de Atenas se refugió principalmente en el seno de Platón, reverbero de sus más sublimes resplandores.

Estudiemus su misticismo ideal: para Platón, la ley del universo y de todos los seres es una constante armonía. En primer término del cuadro, y en la más alta de todas las esferas, brilla con un resplandor inextinguible el mundo de la unidad absoluta, el mundo de la inteligencia, el tabernáculo de Dios. De su seno increado, como de un manantial fecundo, se desprende en creaciones sucesivas y armónicas el mundo de las ideas y el mundo de las realidades: el primero purísimo y resplandeciente, porque es el reflejo inmediato de la inteligencia divina; el segundo pálido y descolorido, en donde sólo existen ejemplares degenerados de aquellos tipos eternos, porque las sombras los empañan, la noche los cubre y las tinieblas los envuelven. Así, señores, Platón reconoció la soberanía de la razón absoluta como principio vivificante y fecundo, puesto que todo lo que brilla la refleja; puesto que todo lo que vive nace de su seno; puesto que fuera de su lado no hay luz; puesto que

<sup>1</sup> ¡Cómo se reiría después el gran Donoso de haber presumido elevar á la categoría de dogma, y dogma absoluto, el concepto racionalístico-doctrinario de la soberanía de la inteligencia! - (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

las sombras nacen cuando su fulgor se extingue; puesto que fuera de ella no hay nada, ó si algo existe es la noche, y si algo reina es el caos.

En una de mis lecciones anteriores, consagrada á analizar el dogma político de Platón, manifesté que esta trinidad armónica, que para él era la ley de todos los mundos creados, le sirvió de tipo y de modelo para explicar al hombre y el organismo interior de las sociedades humanas: en el primero, Platón no ve sino la inteligencia que manda, el valor que la obedece y las pasiones que la sirven; en las segundas, confiere exclusivamente el derecho de mandar á los filósofos, es decir, á los mejores, á los más inteligentes; impone á los guerreros la obligación de la obediencia, y sujeta al pueblo al yugo de la servidumbre. Obligado Sócrates á explicarse claramente sobre esta desigualdad monstruosa entre los habitantes de una misma ciudad y los ciudadanos de una misma República, dice que, aunque todos los hombres son hermanos, Dios no les ha repartido con una mano igualmente pródiga sus dones, sino que antes bien, prefiriendo á los destinados á gobernar, ha mezclado algunos hilos de oro en la brillante trama de su vida, mientras que sólo ha mezclado algunos hilos de plata en la de los guerreros, y otros metales más viles, como el hierro y el bronce, en la de los labradores y en la de los artesanos.

Ya veis, señores, que la idea fundamental de Platón; la idea dominante en su sistema político y filosófico; la idea que en su vuelo sublime elevaba á ley de los mundos y de las sociedades, á ley, en fin, de la creación, era la del dominio legítimo de la razón absoluta y de la inteligencia del hombre; dominio tan exclusivo para él que, una vez reducido á práctica, debía convertirse en una monstruosa tiranía.

Mientras que de los labios inspirados de Platón descendían hasta el seno de sus discípulos absortos aquellas mágicas palabras que eran el encanto de los griegos, y que habían de ser un texto sagrado para las generaciones futuras, entraba por la puerta de la ciudad un joven extranjero, súbdito del rey de Ma-

cedonia, y que, ambicioso de sabiduría, quería aprender el secreto de la Naturaleza, el secreto de la Divinidad y el secreto del hombre, de la boca del discípulo de Sócrates y del discípulo de Homero; todos habéis adivinado ya, sin duda, señores, que hablo de Aristóteles, hijo de Nicomaco; de Aristóteles, que debía aprender en la Academia para enseñar después en el Liceo; de Aristóteles, que debía ser discípulo de Platón para ser más adelante el rival de su fama y de su gloria; de Aristóteles, en fin, astro resplandeciente que debía vivificar á las sociedades con su lumbré; adorado igualmente por dos razas enemigas, por dos religiones contrarias y por dos mundos rivales: por los árabes y por los europeos, por el Oriente y por el Occidente, por los adoradores de Jesús y por los sectarios de Mahoma.

Cuando la humanidad se encontró en posesión de estos dos hombres, se encontró en posesión de las ciencias de las cosas; ellos trazaron al entendimiento humano un límite que el entendimiento humano no ha traspasado aún; un límite que no han podido salvar ni las revoluciones en sus estremecimientos, ni los siglos en su carrera. Platón es un filósofo: Aristóteles es un filósofo; pero Aristóteles y Platón son la Filosofía. Ellos se completaron combatiéndose; porque es ley del mundo moral que la verdad absoluta sea el resultado de las verdades incompletas, y que los principios armónicos salgan del seno de los principios divergentes<sup>1</sup>.

Dos son los únicos métodos que conducen al hombre al descubrimiento de todas las verdades: el de la inducción y el de la observación, el sintético y el analítico; el primero condujo á Platón á su misticismo ideal: el segundo condujo á Aristóteles á su idealismo realista. Platón, indiferente á las tempestades de la sociedad y refugiándose en el mundo de sus ideas, contemplaba desde su elevación las esencias de las cosas, y miraba pasar desde su altura el torbellino de las pasiones humanas; atento sólo á la celeste armonía de los globos que llenaban el espacio, las convulsiones del mundo se estrellaban á sus pies

<sup>1</sup> No es otro el delirio de los eclécticos.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

sin ocupar su inteligencia; él pensaba, sin duda, que el filósofo no debía ser arrastrado por su torrente, y que sólo debía ejercitarse en la contemplación de las verdades eternas, viendo pasar la vida como un sueño y el mundo como un fantasma.

Aristóteles, al contrario, colocado en medio de la Naturaleza, la estudia en su magnífica variedad, la observa en todos sus fenómenos, la arranca sus secretos y se los revela á las generaciones futuras; colocado en medio de las sociedades, las sigue atento en todas sus transformaciones; las estudia en su estado febril y en su estado de reposo; analiza cuidadosamente las causas de su progreso y las causas de su decadencia; las ve en el crepúsculo de su aurora, en el cenit de su carrera y en la noche de su sepulcro; y salvando el espacio y abarcando el tiempo, hace comparecer delante de sí á las sociedades que nacen, á las sociedades que progresan y á las sociedades que se extinguen. Platón desdeña el estudio fenomenal de la naturaleza y de las sociedades humanas: perdido en las sublimes regiones de la luz increada y de las ideas esenciales, domina con las leyes de su entendimiento á las leyes de la creación, impone su personalidad al mundo, le abarca con su síntesis y le encadena con sus fórmulas. Aristóteles rompe el simbolismo obscuro de su inaccesible metafísica, penetra en la región de las sombras, descubre el velo misterioso que había arrojado Platón entre la verdad y el hombre, desvela los fastos, y procediendo á la conquista de la verdad por medio de lentas observaciones, y elevándose á la síntesis por medio de la análisis, afirma sobre una base indestructible á las ciencias.

Pues bien, señores, entre estos dos grandes genios de la antigüedad, nacidos para ser los representantes de los dos únicos sistemas que luchan por la dominación del mundo; entre estos dos hombres representantes del *antagonismo*, que es la ley de la humanidad entera; entre estos dos filósofos, que fueron la expresión viviente de los dos principios, que son los polos eternos de toda Filosofía; entre Platón, en fin, que constituye las sociedades *a priori*, y Aristóteles que no se atreve á

formular su organismo sino después de haber comparado entre sí ciento cincuenta y ocho Constituciones de los diferentes Estados de la Grecia y de la Italia, hubo, sin embargo, un vínculo común, un principio que los dos atacaron, y que los dos defendieron: el principio de la soberanía de la inteligencia. Aristóteles, como Platón, creía que el gobierno de las sociedades humanas debe confiarse á los mejores, á los más inteligentes; y como Platón, también miraba desdeñoso aquella democracia ligera, á un tiempo petulante y borrascosa, que, embriagada con inciensos, dictaba leyes en medio de su embriaguez y en medio de sus estrepitosas bacanales. Su opinión sobre la democracia y Atenas está consignada en estas palabras que han llegado hasta nosotros: "Los atenienses han sido los primeros que han sembrado el trigo y los inventores de las leyes: usan muy bien del primero, pero muy mal de las segundas." Esta sentencia de incapacidad lanzada contra la democracia por la Filosofía, no ha sido revocada por la Historia; veamos si ha sido confirmada por los filósofos de la Europa moderna.

Siéndome imposible analizar en el breve espacio de una lección sus doctrinas, y siéndome más imposible aún considerarlas históricamente siguiéndolas en su lento desarrollo, me propongo dar unidad á todas las escuelas filosóficas encerrándolas en una fórmula que las comprenda y las abarque; esta fórmula es la siguiente:

Dios, la naturaleza física y el hombre, son los tres únicos seres á quienes los filósofos pueden negar ó conceder en sus sistemas la supremacía universal y la omnimoda dominación del mundo; de donde se han originado en el campo de la Filosofía tres encontradas escuelas: la que proclama la soberanía exclusiva de Dios; la que proclama la soberanía absoluta de la Naturaleza, y la que proclama la soberanía absoluta del hombre; el dogma filosófico de la primera es el idealismo divino: el de la segunda el materialismo: el de la tercera el idealismo humano.

Señores, no hay más que estas tres grandes escuelas posibles; pero si no hay más que estas tres grandes escuelas po-

sibles, cada una de ellas se subdivide en grupos pequeños y rivales, que, adoptando en su generalidad un dogma común, disputan, sin embargo, encarnizadamente sobre sus más remotas consecuencias. Así, todos los que profesan el dogma del idealismo divino proclaman la soberanía exclusiva de Dios: ved ahí lo que constituye su unidad; pero unos consideran á Dios como una substancia inmóvil y absorbente: otros le consideran como causa universal, activa y vivificante; ved ahí lo que constituye su diferencia. Los últimos se llaman teístas: los primeros panteístas, y están representados por Espinosa. Si la escuela teísta y la escuela panteísta reconocen un dogma común que constituye su unidad <sup>1</sup>, reconocen también un método común como el único que puede conducirlos al descubrimiento de todas las verdades; ese método consiste en el ejercicio de la razón humana; ahora bien: entre los filósofos que profesan el dogma de la soberanía exclusiva de Dios y que consideran á Dios como causa activa y vivificante del mundo, hay algunos que, negando la competencia de la razón humana para enseñarnos lo que debemos adoptar como cierto y lo que debemos rechazar como absurdo, apelan como al criterio de todas las verdades á la revelación divina é inclinan su frente ante la Iglesia, que, como única depositaria de las verdades reveladas, es para ellos la única depositaria de todas las verdades posibles; ved ahí una nueva variante del idealismo divino; los que la profesan, forman la que se ha llamado en nuestros días la escuela católica <sup>2</sup>.

Si sujetamos á un riguroso análisis la escuela que profesa el dogma del idealismo humano, y que, destronando á Dios y á la Naturaleza, hace del hombre el Rey del universo y el centro de la creación, observaremos que, obedeciendo también á la ley fatal que domina todas las escuelas filosóficas, se subdivide en dos escuelas rivales, que, profesando un dogma común, siguen

<sup>1</sup> Entre el ateísmo y el panteísmo no hay nada común; el panteísmo es el ateísmo disfrazado, ó, como dijo agudamente el P. Gratry, el ateísmo más una mentira.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

<sup>2</sup> Debíó decir la escuela *tradicionalista*.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)